

Historia, memoria y ciudad: el papel de las estructuras espaciales y temporales¹

Adrián Serna Dimas

Diana Gómez Navas²





RESUMEN

El artículo aborda la relación entre historia y memoria en la ciudad interponiendo el papel de las estructuras espaciales y temporales. Inicialmente el artículo identifica algunos de los enfoques que desde los estudios urbanos han dominado la indagación de la memoria. Posteriormente el artículo plantea la relevancia de la historia social como estrategia que permite introducir el papel de las estructuras espaciales y temporales como referencias que permiten articular la configuración histórica de la ciudad con la construcción de las memorias de los diferentes grupos poblacionales urbanos. Finalmente el artículo presenta algunas interpretaciones desde este enfoque para el caso de la ciudad de Bogotá.

PALABRAS CLAVE:
memoria, historia y espacio.

Página anterior:

1 El siguiente artículo corresponde a un avance de la investigación *Remembranza, contradicción y ciudad. Memorias de los conflictos y las violencias en la ciudad de Bogotá*, realizado desde el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas IPAZUD.

2 Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano IPAZUD -Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Introducción

Los procesos históricos sucedidos en la ciudad moderna en los dos últimos siglos han estado acompañados por una progresiva visibilidad de la memoria: las dinámicas de la industrialización, los fenómenos de urbanización sostenida, el surgimiento de la sociedad de masas y la nueva fase de mundialización representada por la globalización han implicado la aparición de unos agentes urbanos que en medio de sus estrategias de reconocimiento o afirmación social han vindicado unas voces propias para representar sus expectativas, vicisitudes, realizaciones y conquistas en medio de las pretensiones de las fuerzas sociales que modelan la ciudad y la vida urbana. Sin embargo, la articulación entre los procesos históricos y las distintas vindicaciones de la memoria ha tendido a disiparse o cuando menos a oscurecerse: por un lado, por unas concepciones ontológicas sobre la naturaleza de la consciencia histórica y social; por otro lado, por unas premisas epistemológicas que diferencian los soportes de la razón histórica de los sustentos de la versión mnemónica; finalmente, por unas visiones políticas sobre los sentidos mismos de la historia y de la memoria. Si se quiere, consciencia, conocimiento y sentido se han erigido en argumentos para instrumentalizar, subordinar o marginar a la memoria en beneficio de ciertos discursos históricos o a la





historia en beneficio de ciertas concepciones de la memoria.

En medio de este panorama han surgido propuestas decididas a restituir o iluminar la articulación entre los procesos históricos y las vindicaciones de la memoria apelando para ello a una referencia fundamental: el espacio. Por medio de circunscripciones espaciales, como el lugar o el territorio, diferentes enfoques han conectado los procesos históricos estructurales y de larga duración con las vindicaciones experienciales y contextuales de la memoria. Sin embargo la invocación del espacio no ha sido ajena a ciertos reduccionismos reflejados en un espectro de posturas: desde las que han reclamado al espacio únicamente para materializar la multiplicidad de versiones de la memoria procurándoles con esto un estatuto de patrimonio histórico, hasta aquellas que lo han revestido como una circunscripción comunitaria de carácter meramente imaginario que resulta indispensable porque se considera que sólo en ella se pueden legitimar las interpretaciones de la historia o las versiones de la memoria alternas o disidentes. Estas formas de invocación del espacio han favorecido la expansión cada vez más depreciada de lo patrimonial, la exacerbación de las conmemoraciones, la atomización de los oficios del pasado y, de

manera más general, lo que algunos autores denominan la privatización del pasado³.

Sin embargo, el espacio como objeto, la espacialidad como dimensión y la espacialización como práctica pueden constituirse en referencias eficientes para introducir los procesos históricos en los mecanismos de la memoria y, al mismo tiempo, para conducir los efectos de la memoria al curso de los procesos históricos. Para esto es indispensable desprender al espacio de cualquier mirada sustancialista o esencialista, reconocerlo efectivamente como una producción histórica, social y cultural simultáneamente de carácter estructural, relacional y experiencial, en el que concurren las inercias de unas fuerzas sociales antiguas y las pretensiones de unas fuerzas sociales presentes. De la misma ma-

3 Sobre la depreciación del patrimonio y la exacerbación de la conmemoración véase Nora, Pierre. "The era of commemoration", en *Realms of memory. The construction of the french past*, editado por Pierre Nora, (New York: Columbia University Press, 1998), 609-637. Revel, Jacques. "La carga de la memoria: historia frente a memoria en Francia hoy", en: *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social* (Buenos Aires: Editorial Manantial, 2005), 271-283. Sobre la privatización del pasado véase. Ankersmit, F.R., "The postmodernist 'privatization' of the past", en *Historical representation* (Stanford: Stanford University Press, 2001), 149-175.





nera, es indispensable desprender al tiempo de cualquier mirada lineal o mecanicista, reconocerlo igualmente como una producción, administrado, vivenciado o vivido en ajuste a fuerzas, contextos y experiencias sociales distintas. En consecuencia, la indagación por las bisagras entre la historia y la memoria estaría dirigida a establecer cómo los procesos históricos configuran unos espacios físicos y sociales, cómo estos espacios son a su vez temporalizados desde las existencias concretas de los diferentes agentes urbanos y cómo desde la espacialización y la temporalización se erige una historicidad que está en la base de las memorias urbanas que no dejan de revertirse a los propios procesos históricos que estructuran a la ciudad y a la vida urbana en cada presente.

Así, la indagación por las bisagras entre la historia y la memoria reclama esas dimensiones que, supuestas o muchas veces impensadas, terminaron desagregando el estudio de la memoria en medio de los estudios urbanos: la memoria de los historiadores y los urbanistas se hizo distinta de aquella que indagaban los sociólogos y los antropólogos. Frente a esto, la historia social, en el sentido que le confiere la antropología reflexiva de Pierre Bourdieu, resulta una estrategia propicia para adentrarse en el espacio y el tiempo

El conocimiento de la ciudad moderna fue, desde un principio, un conocimiento tramitado por vía de la memoria.

como objetos, en la espacialidad y la temporalidad como dimensiones y en la espacializaciones y temporalizaciones como prácticas. El espacio y el tiempo no son siempre variables externas, por esto mismo objetivas y en consecuencia neutras. La sociología de Bourdieu nos advierte que el espacio y el tiempo son igualmente exteriorizaciones e interiorizaciones que, por su aparente naturalidad, resultan especialmente propicias para la naturalización de los modos de dominación. Esta concepción resulta especialmente pertinente para discutir ese tema de la historia y la memoria.

Estudios urbanos y estudios de la memoria

La ubicación de la memoria como objeto específico de los estudios urbanos modernos resulta problemática. Inicialmente se puede afirmar que la memoria ha sido una preocupación que está desde el origen mismo de los estudios urbanos modernos, para lo cual se puede alegar que las crónicas periodísticas y literarias de mediados del siglo XIX dedicadas a los pobladores recién urbanizados, que las historias de vida consignadas desde finales del siglo XIX sobre las clases obreras y que los relatos de los pobres urbanos registrados desde mediados del siglo XX son, ante todo, piezas de la memoria o de las memorias de los pobladores urbanos. Si se quiere, el conocimiento de la ciudad moderna fue, desde un principio, un conocimiento tramitado por vía de la memoria⁴.

4 Sobre las crónicas periodísticas y literarias que fueron pioneras en abordar las contradicciones de la urbanización está el trabajo de Williams, Raymond. *El campo y la ciudad* (Barcelona: Editorial Paidós, 2001), 278. Sobre las historias de vida de las clases obreras, a propósito de la obra de Beatrice Web, véase Lepenies, Wolf. *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), 122-123. Sobre las versiones de la pobreza y los pobres urbanos véase Lewis, Oscar. *Antropología de la pobreza* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985).



Esta afirmación puede hacerse extensiva a los estudios urbanos emprendidos desde mediados del siglo XX, en especial por aquellas tendencias que, escindidas de los enfoques estructurales, abordaron los fenómenos de la ciudad y la vida urbana contemporánea desde el diálogo etnográfico, la conversación, los autorrelatos o, más recientemente, las narrativas. Cada uno de estos ejercicios bien puede vindicarse como esfuerzos por recuperar o preservar la memoria o las memorias de los pobladores urbanos. Esto pareciera tanto más evidente cuando la configuración de las ciudades desde mediados del siglo XX ha implicado la amplificación de las pobrezas urbanas, la profundización de los patrones de segregación física y social y la presencia recurrente de minorías étnicas, culturales y sociales depauperadas –todo lo cual está en la base de esos fenómenos que diferentes autores reúnen bajo el término de “guettización”–, que hacen que el registro de los relatos de los pobladores urbanos, sobre todo de los marginados, sea considerado ante todo una empresa en pos de la memoria⁵.

Ante esta afirmación se pueden plantear dos consideraciones. En primer lugar, cuando se revisten las versiones de los pobladores urbanos como ejercicios *per se* de la memoria se tiende a preservar o a extender unas visiones historicistas ciertamente conservadoras: las que redujeron la memoria a simple ejercicio de registro y almacenamiento especialmente propicio para dar cuenta de las excepcionalidades del curso histórico o para concederle una condición cualquiera, aunque habitualmente subordinada, a quienes eran considerados fuera de cualquier historia. En este sentido, las versiones de los pobladores urbanos, ancladas únicamente a la carencia, a la pobreza o a la marginalidad, convertidas en la única memoria existente,



ausentes de cualquier lugar en los procesos históricos urbanos, sólo terminan representando la voz marginal de los excluidos sin que esto suponga en modo alguno la crítica a las fuerzas sociales que efectivamente auspician, propician o estructuran la marginación.

En segundo lugar, aunque crónicas, historias de vida, relatos, diálogos, entrevistas, conversaciones, autorrelatos y narrativas efectivamente puedan afirmar su compromiso con la memoria, ello no implica que necesariamente estén implicados de manera directa con los estudios modernos de la memoria que, si se quiere, reclaman una tradición propia. Esta tradición se remonta a las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX, cuando el recuerdo, los modos de recordar y las pretensiones de hacerlo aparecieron como cuestiones sustanti-

5 Una mirada crítica a la guettización como problemática social y como representación de esta problemática por parte de periodistas y aún de estudiosos urbanos se encuentra en Bourdieu, Pierre. “Efectos de lugar”, en *La miseria del mundo*, dirigido por Pierre Bourdieu (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999), 119-124. Igualmente está el trabajo de Wacquant, Lóic. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (Buenos Aires: Editorial Manantial, 2001).





Las versiones de los pobladores urbanos, cuando se erigen como ejercicios de la memoria, deben reconocer sus relaciones con la historia sin perder la especificidad que les confiere el recuerdo. Sin embargo, esta empresa tiene en medio tres obstáculos.

vas para el psicoanálisis (Freud), la filosofía (Bergson y Benjamin), la literatura (Proust) y la sociología (Halbwachs). Desde esta tradición se puede decir que las estrategias testimoniales, especialmente con el impacto del positivismo científico, tendieron a privilegiar el contenido de los testimonios, la certeza de lo testimoniado y el estatuto del testigo enunciante, indispensables para garantizar la fidelidad o la veracidad de las versiones, lo que supuso controvertir o marginar el marco desde el cual se testimoniaba, que no era otro que el recuerdo mismo. Todo porque el recuerdo, como acto, actividad o práctica, introduce en los testimonios multiplicidad de contingencias –las existencias concretas de los agentes enunciantes, las condiciones sociales específicas de los contextos de enunciación y las historicidades de los universos sociales– que, en conjunto, hacen inestable el testimonio. Precisamente, los estudios modernos de la memoria parten de reconocer estas contingencias, porque están menos preocupados por la fidelidad o la veracidad de las versiones que permita erigirlas como fuentes, que por identificar cómo los recuerdos cumplen un cometido, conceden un sentido o asumen unas funciones para los agentes, los contextos y los universos sociales que testimonian.

De este modo, las versiones de los pobladores urbanos, cuando se erigen como

ejercicios de la memoria, deben reconocer sus relaciones con la historia sin perder la especificidad que les confiere el recuerdo. Sin embargo, esta empresa tiene en medio tres obstáculos. Por un lado, las concepciones ontológicas que asumen que los agentes son ajenos o cuando menos distantes a las estructuras históricas y sociales que gobiernan su existencia. De este modo, mientras las estructuras históricas y sociales están insufladas por fuerzas superiores, los agentes sociales sólo perciben atisbos de los efectos de esas fuerzas, encarnados en ideologías o en representaciones, que les conceden un sentido de la historia que no es en modo alguno el de esa historia inasible de estructuras y fuerzas sociales. Precisamente, ese sentido de la historia, surgido de ideologías o de representaciones, se impone como el orden de la memoria. Si se quiere, la memoria no es otra cosa que la consciencia opaca de la historia.

Por otro lado, estas relaciones tienen como obstáculo unas premisas epistemológicas que diferencian los soportes de la razón histórica de los sustentos de la versión mnemónica. En consecuencia con lo anterior, se presupone que la razón histórica, por su naturaleza estructural y de largo plazo, sólo puede ser conocida desde la exterioridad, desde un afuera, mientras que la versión mnemónica, por su carácter experiencial y contextual, sólo puede ser conocida desde la interioridad, desde un adentro. Por esto, mientras la razón histórica descansa en el espacio y el tiempo como variables materiales, externas y objetivas, la versión mnemónica descansa en el espacio y el tiempo como dimensiones ideales, internas y subjetivas. Por esto, la memoria estaría emplazada en un espacio y un tiempo que sin referencia distinta a la del agente mismo, sólo estaría





dispuesta para las contingencias inmediatas, para los contextos circunscritos⁶.

Finalmente, la posibilidad de que la memoria se vincule con la historia sin perder la especificidad del recuerdo se enfrenta con un tercer obstáculo: las visiones divergentes sobre los sentidos de la historia y la memoria. Ancladas la historia y la memoria a concepciones ontológicas distintas sobre la consciencia y a premisas epistemológicas divergentes sobre el conocimiento, también han terminado consignadas en sentidos políticos distintos, cuando no contrapuestos. Por un lado, una historia racional, objetiva, protagonizada por fuerzas y estructuras; por otro lado, una memoria más alojada en lo sensible, subjetiva, arbitrio de contextos o agentes. En un caso la historia que auspicia a los grandes proyectos, a la nación, a la sociedad, al Estado; en otro caso la memoria que aloja a los proyectos minoritarios o reducidos, confinados o marginados, como los representados por las etnias, las culturas, los jóvenes, las mujeres, etc.

No obstante, cuando se quiebra la relación entre historia y memoria prendada a los contenidos, a las certezas de los testimonios o a los estatutos de los testigos enunciantes, en beneficio de una relación entre historia y memoria que reconoce en ésta la especifici-

dad del recuerdo y, con él, de las contingencias, efectivamente se pueden reemprender los diálogos entre una y otra. Precisamente, estas contingencias del recuerdo son la fuente para una historicidad que no es el discurrir de los espacios físicos y sociales desde el tiempo histórico sino el trasegar de los espacios físicos y sociales desde el tiempo social de los universos sociales y desde el tiempo social de los agentes localizados en estos universos. Precisamente, la conexión entre la historia y la historicidad de los espacios físicos y sociales es la fuente para revestir las versiones de los pobladores urbanos como ejercicios de la memoria. Aquí se encuadra la pertinencia de la historia social.

La historia social: de la historia como creencia a la creencia como historia

Se entiende la historia social no en el sentido corriente que le asigna la historiografía, sino en el sentido fuerte que le concede la sociología de Pierre Bourdieu: la historia social como estrategia que, reintroduciendo las condiciones históricas de producción sobre aquello que se considera natural o dado, puede efectivamente poner en evidencia los modos de naturalización que son el soporte primero y primario, por lo mismo el más potente, de todos los modos de dominación. Precisamente, la historia social permite poner en evidencia que la historia urbana que

6 Sobre el tiempo subjetivo de la memoria y su relación con el tiempo objetivo de la historia véase Schwarz, Billy. "Already the past. Memory and historical time", en *Memory cultures. Memory, subjectivity and recognition*, editado por Susannah Radstone y Katharine Hodgkin (New Brunswick: Transaction Publishers, 2003), 135-151.





discurre sobre el comportamiento de las estructuras en el espacio y el tiempo puede ser revertida o invertida por una historia urbana que pueda poner en evidencia el peso de las estructuras en la producción de unos espacios y tiempos específicamente urbanos que organizan las posibilidades de la existencia. Esta historia profunda, que tiene mucho de historia mítica en el sentido de Lévi-Strauss, está en los principios mismos de la creencia en el mundo social urbano, en el juego de existir en la ciudad. Por esto, la historia social invoca no a la historia exterior sino a la historia que, siendo realmente creencia, es por lo mismo historia interiorizada⁷.

Precisamente, la historia como creencia, siempre denegada por la creencia misma que debe su poder a que no se reviste nunca como histórica, se realiza en las prácticas concretas de los agentes sociales. Pero la práctica tampoco es historia en sí misma, mucho menos memoria. La práctica es, como lo diría Bourdieu, "hacer en sí", incorporado en los cuerpos, inscrito en los esquemas corporales. Bien podría decirse que la historia hecha creencia es, por un lado, la consumación de la eficacia de la razón histórica que, encarnada en creencia, nunca se presenta como producto de razón histórica alguna. No obstante, los modos diferenciados de realización de esta creencia, que es razón histórica denegada, lleva que la historia como creencia no opere de la misma manera para todos los agentes sociales. Las consecucio-

nes espaciales y temporales, objetivadas en posesiones, posiciones, disposiciones y tomas de posición, pueden poner de manifiesto, en determinadas circunstancias, que no todos están en el espacio y el tiempo que les corresponde. Pero ello no acaba la creencia, si es que tal cosa pudiera suceder, sino que permite que la creencia se erija en historia, es decir, sea exteriorizada. Es aquí, en esta exteriorización (aparente) de la creencia, que en verdad no es sino su proyección por vía de las representaciones, los imaginarios y las ideologías, que irrumpe la memoria. La memoria no es otra cosa que creencia hecha historia.

La memoria, que es creencia exteriorizada, puede surgir justamente en el momento en que la creencia misma en el mundo social, en el juego social, está aparentemente en entredicho. Así, la crisis, con su capacidad de suspender el espacio y el tiempo habituales, puede por lo mismo favorecer la sincronización de agentes que por esta suspensión pueden confraternizar las semejanzas de sus consecuciones espaciales y temporales. Es, entonces, cuando conflicto y memoria se entrelazan, cuando surge una exteriorización vindicativa cuya fuerza procede de la suspensión misma del espacio y el tiempo habituales. Cuando esta exteriorización logra capitalizar a las posiciones sincronizadas, cuando les arroga capitales que habían perdido por las diacronías de la historia, se conquista una representación que permite que el conflicto adquiera legitimidad para el campo político. Entonces, instalado el conflicto en la política con los auspicios de la memoria, pero sobre todo, resuelto en la política, la memoria se desvanece para robustecer la creencia y, en este caso, deja de ser memoria para convertirse sólo en creencia, también en historia sublimada, que no es

7 La historia social es una apuesta construida en el discurso de la obra de Pierre Bourdieu y, como tal, está distintamente elaborada a lo largo de su obra. Una síntesis, siempre provisional, se encuentra en Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico* (Madrid: Siglo XXI, 1991).



otra cosa que el patrimonio. Porque en últimas el patrimonio (histórico, social, cultural, etc.) no es otra cosa que el resultado de la socialización de capitales como posesiones, obligaciones y relaciones compartidas.

La historia como creencia y la creencia como historia resultan relevantes para entender las memorias de los conflictos de la vida urbana. Una y otra permiten entender las relaciones solidarias que el espacio y el tiempo, que la espacialidad y la temporalidad y que la espacialización y la temporalización tejen entre las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales y las prácticas concretas de las agencias y los agentes sociales. Recordamos y olvidamos en función de la creencia que sostiene al mundo social, que auspicia el juego en y de lo social. Por esto se puede afirmar que las luchas por la memoria no son luchas contra el recuerdo ni mucho menos luchas contra el olvido, sino luchas por la creencia.

El caso de Bogotá

De acuerdo con lo anterior, la articulación entre la configuración histórica y la configuración mnemónica de la ciudad y la vida urbana pasa por tres momentos: 1) el reconocimiento de los procesos históricos que estuvieron en el origen y el desarrollo de los espacios físicos y sociales urbanos; 2) la identificación de las condiciones de origen, desarrollo y reproducción de los espacios físicos y sociales desde las trayectorias y las experiencias de los agentes sociales, que les confieren una historicidad a estos espacios en el curso del tiempo; 3) la vinculación de esta historicidad de los espacios con los puntos de vista desde los cuales los agentes urbanos del ahora enuncian, recuerdan, rememoran y conmemoran. En síntesis, se trata de un ejercicio



donde por medio del espacio se puede permutar el tiempo histórico en tiempo social y el tiempo social en tiempo experiencial. Precisamente esta fue nuestra pretensión en la indagación de cómo los pobladores de la ciudad de Bogotá tramitan en la memoria los acontecimientos o eventos conflictivos y violentos de la vida urbana.

Los procesos históricos de la ciudad y la vida urbana⁸

Bogotá fue fundada en el siglo XVI configurándose en comienzo sobre el principio de la “presencia distinta”: un espacio físico reducido y cerrado donde coexistían de manera estrecha un conjunto de estamentos jerarquizados fue correspondido con un espacio social obcecado en resaltar los atributos de los miembros de un mismo estamento que los hacían distintos de los miembros de los estamentos restantes. La apariencia personal, las disposiciones corporales, las indumentarias y los atavíos, las usanzas cotidiana-

⁸ Esta interpretación está basada en el texto de Serna Dimas, Adrián. Ciudadanos de la geografía tropical. Ficciones históricas de lo ciudadano (Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006), 57-251.

nas, los ascendentes familiares, los cargos y nombramientos y la ubicación del solar en la cuadrícula urbana se erigieron en marcadores de membresía de los diferentes estamentos coloniales, suficientes para resaltar a cada uno de ellos en medio de la estrechez de la ciudad y la vida urbana. De hecho, la perseverante estrechez urbana, el envejecimiento progresivo de los marcadores de membresía y el ascenso de determinados agentes sociales resultaron determinantes para exacerbar con el paso de los siglos las afirmaciones de pertenencia estamental.

La ciudad surgida a finales del siglo XIX de la mano de una reducida burguesía rentista e industrial y de unos incipientes sectores obreros fue configurada sobre el principio de la “presencia distante”: un espacio físico ampliado y abierto que comenzó a disgregar al conjunto de clases nacientes fue correspondido con un espacio social decidido en hacer visible las empatías entre miembros de una misma clase con base en la distancia con los miembros de las clases restantes. Los marcadores de membresía no variaron sustancialmente, aunque a ellos se sumaron otros como la antigüedad de las posesiones, la magnitud de las fortunas, el carácter del oficio, la naturaleza de la profesión y la titulación académica, que permitieron identificar los miembros de las clases irredentas, los miembros de las clases en ascenso y los miembros de las clases siempre en la cúspide. La apertura urbana fue decisiva para la invención de nuevos marcadores de membresía, para la creación de un mercado novedoso de atributos y para promover la creencia en la movilidad social de las diferentes clases.

La ciudad de mediados del siglo XX se erigió sobre el principio del “confinamiento distinto”: un espacio físico expansivo que arrojó al conjunto de clases a nichos cada



vez más alejados y disgregados fue correspondido con un espacio social orientado a remarcar, demarcar y enmarcar la privacidad de los estilos de vida con atribuciones distintivas para las diferentes clases sociales. Los marcadores de membresía fueron ampliados a cuestiones como la capacidad de inversión, adquisición y consumo meramente privado, que permitió caracterizar a las clases populares, a las clases medias y a las clases altas. La propia expansión urbana fue segmentando arbitrariamente a la ciudad, fracturando profusamente a la vida urbana e imponiendo un fuerte patrón de segregación física y social que ciertamente naturalizó el confinamiento entre pares de clase.

La ciudad de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI está configurada sobre el principio del “confinamiento distante”: un espacio físico expandido expuesto a dinámicas de conurbación masiva y de gentrificación reducida que han desvanecido las circunscripciones del conjunto de clases es correspondido con un espacio social dirigido a resaltar las diferencias entre reductos de clase sostenidos o afirmados ahora por la preeminencia del estrato socioeconómico. Los indicadores de membresía han sido ampliados al acce-



so o al uso de determinados servicios, entre ellos, los relacionados con la habitabilidad, la seguridad y la movilidad espacial, que permiten establecer la pertenencia de estrato de los diferentes grupos. La profundización del patrón de segregación física y social de la ciudad y la vida urbana prácticamente ha terminado generando la creencia de que la reducción confinada es una consecuencia tanto de los privilegios como de las precariedades de un estrato que, siendo en principio una medida técnica para cobrar servicios públicos y formular política social, ha terminado erigiéndose prácticamente como un atributo identitario eficiente para crear determinadas divisiones sociales, culturales y políticas de la ciudad⁹.

En síntesis, los procesos históricos sucedidos en la ciudad terminaron imponiendo unas dinámicas de distanciamiento y confinamiento que fueron generando el marcado patrón de segregación física y social que caracteriza a Bogotá, que por demás es uno de los obstáculos más complejos que enfrenta el desarrollo presente y futuro de la capital del país¹⁰. No obstante, más allá de esta historia urbana, se encuentra la historicidad de los espacios físicos y sociales, surgida de las trayectorias y experiencias de sus ocupantes.

La historicidad de los espacios físicos y sociales

La moderna ciudad de Bogotá fue concebida fundamentalmente por inmigrantes de otras regiones del país. Hasta comienzos del siglo XX los pobladores bogotanos eran mayoritariamente descendientes de varias generaciones de familias nacidas o conformadas en la ciudad y sus alrededores. No obstante, desde los años treinta, la proporción entre pobladores nacidos en la ciudad

Los procesos históricos sucedidos en la ciudad terminaron imponiendo unas dinámicas de distanciamiento y confinamiento que fueron generando el marcado patrón de segregación física y social que caracteriza a Bogotá

y pobladores procedentes de otras regiones comenzó a cambiar producto de la creciente migración. Pese a las insolencias de una ciudad con unos espacios sociales y físicos limitados, estas migraciones pudieron acceder con cierta propiedad a la vida urbana existente, en sus riquezas y en sus pobrezas, en las mejores circunstancias desde una primera generación, en las circunstancias más desventajosas en una segunda. No se trataba solamente de familias pobres urbanizadas a la fuerza por la situación del mundo rural, sino igualmente de familias pudientes de provincia que llegaron a la ciudad en procura de mejores condiciones.

Por un lado esto implicó que la ciudad progresivamente comenzó a envejecer y reducir a las familias que fueran por siempre sus ocupantes casi únicos, al tiempo que empezó a rejuvenecer y ampliar a unas nuevas familias: viejos estilos de vida cada vez más circunscritos, nuevos estilos de vida cada vez más extendidos. Por otro lado esto implicó que la ciudad también comenzó a

9 Uribe Mallarino, Consuelo. "La ciudad vivida: movilidad espacial y representaciones sobre la estratificación social en Bogotá", *Universitas Humanística* 62 (2006): 201.

10 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo – Colombia, Bogotá. *Una apuesta por Colombia. Informe de Desarrollo Humano 2008*, dirigido por Jorge Iván González (Bogotá: PNUD, 2008), 87-92.





envejecer y reducir a los nuevos ocupantes y a rejuvenecer y ampliar a sus ocupantes de siempre: viejos estilos asumidos como propios por los nuevos ocupantes, estilos de vida innovadores asumidos por los hijos de generaciones antiguas. De hecho, hasta los años cuarenta, esta dinámica supuso una sincronización de los espacios y los tiempos urbanos: tanto la ciudad antigua santafereña que dominó hasta los años ochenta del siglo XIX como la ciudad nueva bogotana que despuntó desde entonces estuvieron en capacidad de absorber estos fenómenos de permanencia, cambio y recambio entre pobladores de viejo ancestro y nuevos ocupantes. Más aún, las agencias urbanísticas y patrimoniales estuvieron en capacidad de consagrar espacios y tiempos urbanos imponiéndoles unos valores absolutos para el grueso de las poblaciones urbanas.

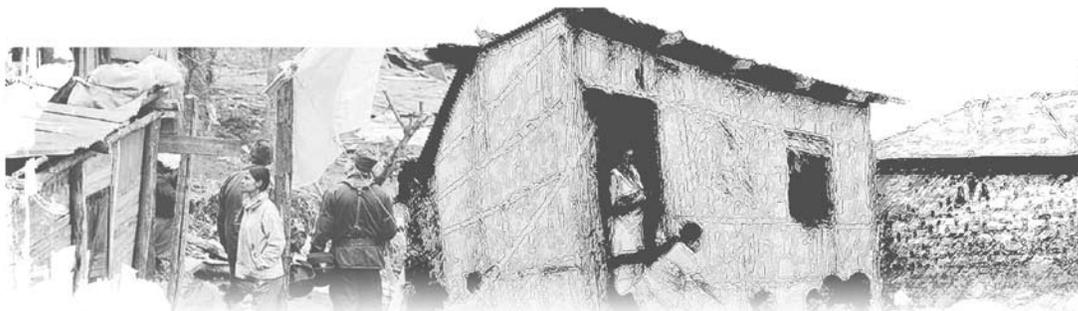
En este sentido, entre la configuración histórica y la configuración mnemónica entraron a mediar las prácticas de multiplicidad de agentes urbanos, unos antiguos y unos nuevos: el emplazamiento en la ciudad, la suscripción de vínculos sociales especialmente por vía de la amistad y del matrimonio, la ubicación en la estructura socioeconómica, implicaron que los agentes urbanos envejecieran o rejuvenecieran en la ciudad y la vida urbana. En unos casos, el envejecimiento efectivamente supuso un mecanismo de acumulación: el emplazamiento en zonas o áreas exclusivas, el matrimonio con viejas familias capitalinas o el acceso o la inserción en determinados renglones productivos de vieja ascendencia trajeron consigo capitalizaciones. En otros casos, fue el rejuvenecimiento el que efectivamente supuso un mecanismo de acumulación: mudanza a zonas o áreas modernas, matrimonio con nuevas familias prestantes o pudientes o la apertura o la

De la ciudad de extraños con barrios de conocidos se pasó a la ciudad que llevaba la extrañeza al seno mismo de la barriada, lo que en un medio de inestabilidad, incertidumbre, pobreza e inseguridad supuso la erosión de los espacios más locales de la vida urbana.

creación de nuevos negocios o empresas trajeron consigo igualmente posibilidades de capitalización. En uno u otro sentido, el envejecimiento y el rejuvenecimiento y, ante todo, las capacidades de capitalización por una y otra vía, fueron cuestiones relativas, eminentemente posicionales.

No obstante, desde los años cincuenta, el progresivo distanciamiento y confinamiento de los espacios y el paulatino envejecimiento y rejuvenecimiento de sus pobladores, supusieron cambios sustanciales en las formas de experimentar las espacializaciones y temporalizaciones urbanas: la eternización de unos, la efimerización de otros. Para este momento, de los seiscientos mil habitantes que tenía la ciudad, un poco más de la mitad había nacido en otras regiones del país. En el curso de los años siguientes la proporción se fue haciendo cada vez más favorable para los inmigrantes de las regiones, lo que terminó configurando una estructura poblacional con distintos arraigos: pobladores históricos cuyas raíces se hundían en la ciudad desde los siglos anteriores pero que eran cada vez más reducidos, pobladores modernos que llegaron a la ciudad en las primeras décadas del siglo XX que constituían las mayorías urbanas y pobladores recientes o inmediatos apenas llegados a la ciudad especialmente con el incremento urbanizador de la década. Pero en una ciudad donde la antigüedad bien podía sostener una riqueza de vieja monta o





una pobreza impertérrita, donde la novedad bien podía traer consigo una fortuna o, en la mayoría de los casos, todos los infortunios, el arraigo no garantizó en sí mismo ventajas, ni el desarraigo supuso de inmediato desventajas. De hecho, pese a la pervivencia de las creencias en el ascendente del estamento o de la clase, la antigüedad se convirtió en un atributo transable en todas las clases urbanas: la herencia de habitar la ciudad, tanto más valiosa cuanto más antigua fuera, garantizaba capitales, posiciones, ocupaciones o estrategias para vivir o sobrevivir, bien se fuera un pequeño burgués que apenas conservara un buen apellido y un mal cargo, bien se fuera un obrero mal pago pero con una amplia red de vínculos parentales, vecinales y comunitarios suscritos desde lustros o décadas atrás.

De este modo, una ciudad sometida a unas formas de distanciamiento y confinamiento, de envejecimiento y rejuvenecimiento, impuso lo eterno y lo efímero por medio de la transacción masiva de las herencias que cada clase o fracción de clase sostenía producto de su permanencia en la ciudad. Hasta los años sesenta, la transacción de herencias, por efecto del confinamiento y el envejecimiento, que no era otra cosa que la pervivencia de las últimas sincronizaciones, tendió a permanecer en circunscripciones urbanas específicas, lo que ciertamente le dio realce al barrio como escenario de agentes

que compartían existencias comunes: barrios con dominancia de unas clases o fracciones de clase, barrios con dominancia de ciertas colonias regionales, barrios con dominancia de unas actividades productivas, etc. No obstante, la insolvencia de unos modelos urbanísticos en capacidad de organizar las funciones urbanas de manera consistente evitando el choque entre producción, residencia, disfrute colectivo y sistemas de transporte, la precariedad de una estructura socioeconómica que dejaba expuesta la posibilidad de trabajar y, en consecuencia, de poseer y la presión poblacional sostenida resultado de la urbanización, fueron agotando las capacidades de las herencias y, con ello, multiplicando las estrategias informales, al punto de convertirlas a ellas mismas en herencias dominantes cuando no exclusivas. En consecuencia, la transacción de las herencias, por efectos del distanciamiento y el rejuvenecimiento, tendió a disiparse de circunscripciones urbanas específicas, lo que empezó a erosionar al barrio como escenario de agentes que compartían existencias comunes: las proximidades en los estilos de vida quedaron cada vez más recluidas a la manzana, a la cuadra y a la propiedad horizontal. De la ciudad de extraños con barrios de conocidos se pasó a la ciudad que llevaba la extrañeza al seno mismo de la barriada, lo que en un medio de inestabilidad, incertidumbre, pobreza e inseguridad supuso la





erosión de los espacios más locales de la vida urbana.

De cualquier manera, la transacción masiva de las herencias que favoreció el distanciamiento expansivo, el confinamiento celoso, el envejecimiento perenne y el rejuvenecimiento fugaz, fue determinante en configurar una ciudad donde la antigüedad siempre era reciente o donde la novedad nacía envejecida todo por la presencia recurrente de necesidades insatisfechas o por el peso de la sobrefuncionalidad. El exceso de necesidades o de funciones condujo a que los lugares bogotanos más que antiguos se hicieron viejos. Obviamente que los primeros lugares afectados por esta dinámica de necesidades o funcionalidades exacerbadas fue el mismo centro histórico, convertido en el teatro de las aglomeraciones urbanas, erigido paulatinamente en escenario de lugares meramente ruinosos. La ruina del lugar patrimonial fue señalada por las agencias tradicionales como la expresión de una inconsciencia histórica, de un desarraigo urbano o de la mera desidia cívica, en cualquiera de estos casos, una auténtica falta de identidad

para con la ciudad, lo que impidió reconocer que la inhibición del efecto de consagración propio de lo patrimonial tenía en su base una configuración histórica cada vez más deshistorizante y, a sí mismo, una configuración mnemónica cada vez más ahistorizada, que no se iniciaba realmente en los recién llegados, siempre acusados de descomponer la sensibilidad cívica, sino en el conjunto de clases históricas que habían ocupado la ciudad desde tiempos atrás.

Pero esta dinámica envejecedora no sólo supuso la ruina del lugar antiguo sino aún del lugar moderno. Las escasas innovaciones urbanísticas y arquitectónicas públicas surgidas en los años sesenta y setenta, que en su inauguración deslumbraron de modernidad, en escasos años estaban curtidas de una vejez prácticamente centenaria, consumidas por el uso y el abuso, excedidas en tal forma en su funcionamiento que su destino inmediato no podía ser otro que la ruina o la demolición. Las inversiones urbanísticas y arquitectónicas privadas tendieron a soportar igual suerte, con la particularidad de que su ruina o demolición quedó sujeta a la capacidad individual de invertir o reinvertir, una opción limitada en un medio con escasas minorías auténticamente propietarias, con unas mayorías de arrendatarios que flotaban por distintas propiedades y con unos nacientes segmentos de hipotecados con márgenes mínimos de inversión porque quedaron sujetos a una propiedad que sólo habrían de pagar a quince, a veinte o aún a treinta años, lo que prácticamente terminó signando el curso de existencias enteras a luchar por mantener lo nuevo o a sucumbir en su propia ruina. De este modo, la ruina del entorno, que no es otra cosa que la agonía mortal del lugar, fue prescindible para unos, evitable para otros y desafío permanente para otros más.





Entre los años setenta y ochenta la urbanización continuada condujo a un distanciamiento que promovió la invención de zonas o áreas que, no obstante, por la lejanía, a veces abrumadora, quedaron condenadas al confinamiento. Las zonas o áreas con urbanización legal, con garantías de estabilidad urbana, vendidas en su momento como innovaciones, no obstante quedaron lejanas de cualquier centralidad urbana, lo que terminó convirtiéndolas en simples escenarios de uso, apenas para dormir; las zonas o áreas con urbanización ilegal, sin ninguna garantía de estabilidad urbana, vendidas por medio del pirateo u ocupadas por la fuerza, sumaron a todas estas condiciones de provisionabilidad y a la lejanía de cualquier centralidad urbana, la pobreza absoluta de sus moradores, obligados en unos casos a permanecer todo el día en ellas porque no tenían modo o razón para desplazarse a otras zonas o áreas de la ciudad y en otros casos obligados como todos los demás a desplazarse cotidianamente convirtiendo la residencia en mero lugar para dormir.

En medio de esta dinámica, la efimerización y la eternización no supusieron la ausencia de consciencia o sentido histórico sino, ante todo, el repliegue de cualquier razón histórica a la inminencia de desplazarse o a la perseverancia de sostenerse en un mismo lugar urbano. En unas clases o fracciones de

clase, efectivamente la razón histórica quedó sujeta a una idea permanente de itinerancia, que terminó asociando a cada generación familiar a un lugar diferente en la ciudad. En otras clases o fracciones de clase, la razón histórica quedó sujeta a la idea permanente de asentamiento, de acumulación en medio del confinamiento, que se refleja en todas sus dimensiones en la construcción de la vivienda y de los barrios populares: la consecución de un lote, el acceso a los servicios básicos, la construcción de la vivienda habitación por habitación, piso por piso, o también la recebada de las calles, la pavimentación de las vías, la construcción del salón comunal, el acceso a alguna vía arteria principal, se convierten en referencias de una historia familiar o comunitaria.

Al mismo tiempo, entre los años setenta y ochenta, la expansión del comercio urbano, tanto formal como informal, resultó determinante tanto para generar distanciamientos y confinamientos como para suscitar un envejecimiento, algunas veces dramático, de diferentes lugares urbanos. En efecto, una ciudad con una urbanización sostenida, con una estructura socioeconómica no sólo insolvente para absorber al grueso de mano de obra sino incapaz para mejorar el ingreso de la mano de obra ocupada, resultó especialmente atractiva para la proliferación de unas economías informales que en unos casos ocuparon los espacios públicos, en otros alcanzaron a instalarse en las zonas consolidadas depreciadas y en unos más a erigirse como principal actividad en las zonas más pobres o en las zonas sin consolidación ilegales. Nuevamente, las economías informales sometieron los espacios urbanos a una sobrefuncionalidad, revirtiendo la vocación de plazas, parques, calles y sectores residenciales. La informalidad en unos casos



pudo capitalizar las centralidades y en otros casos las marginalidades: ejemplo de lo primero fueron San Victorino y la avenida Caracas y de lo segundo los comercios barriales.

El lugar de enunciación de las memorias

Una ciudad caracterizada por una configuración histórica de distanciamientos y confinamientos y por una configuración mnemónica de eternizaciones y efimerizaciones tiende a imponer unos objetos recordables, unos modos de recordar y unas orientaciones de los recuerdos que afirman o reafirman el marcado patrón de segregación física y social urbano. Precisamente esta doble configuración, histórica y mnemónica, resulta indispensable para interpretar cómo los pobladores urbanos tramitan en la memoria los acontecimientos y eventos conflictivos y violentos sucedidos en la ciudad y la vida urbana: por un lado, porque los distanciamientos y los confinamientos han terminado definiendo unos lugares donde se emplazan las causas, condiciones, modos y salidas a estos episodios; por otro lado, porque las eternizaciones y efimerizaciones han terminado asignándole unas temporalizaciones que determinan periodicidades, permanencias o evanescencias a estos episodios.

El comportamiento socioeconómico de la ciudad que ha propiciado amplias brechas entre clases sociales ha tenido como correspondencia un desarrollo urbanístico dominado por unas dinámicas que distancian y confinan a los diferentes espacios físicos y sociales de la vida urbana. Estas dinámicas de distanciamiento y confinamiento han implicado una “espacialización de los tiempos” y una “temporalización de los espacios” sujetas a la eternización y a la efimerización: la



inmutabilidad de las condiciones de unos y la volatilidad de las condiciones de otros. De este modo, una configuración histórica dominada por el distanciamiento y el confinamiento ha tenido como correlato una configuración mnemónica dominada por la eternización y la efimerización, con varias implicaciones, entre otras: 1) la afirmación de unas percepciones estereotipadas o estigmatizantes sobre determinados lugares urbanos; 2) la generación de unas disposiciones topofílicas y topofóbicas hacia determinados territorios de la ciudad; 3) la naturalización de una geografía de los conflictos y las violencias urbanas propicias para afirmar una “guetización” de determinadas localidades de la ciudad; 4) la imposición de unas lecturas de las contradicciones, los conflictos y las violencias urbanas que auspician soluciones de fuerza en detrimento de salidas políticas; 5) la reiteración de la sociedad urbana en prácticas meramente rememorativas que no trascienden el duelo y su incapacidad para crear prácticas auténticamente conmemorativas que trasciendan a fiestas o festividades colectivas; 6) finalmente, la reafirmación de una ciudad fragmentada y una sociedad urbana fracturada, donde sus diferentes localidades están sujetas a portentosos discursos mora-



El comportamiento socioeconómico de la ciudad que ha propiciado amplias brechas entre clases sociales ha tenido como correspondencia un desarrollo urbanístico dominado por unas dinámicas que distancian y confinan a los diferentes espacios físicos y sociales de la vida urbana.

listas decididos a constreñir las diversidades internas o a acusar las diversidades de otras localidades, en algunos casos, señalando a grupos o poblaciones enteras.

Conclusión

Nuestra investigación está orientada a plantear una serie de diálogos entre términos que habitualmente se presentan contrapuestos: configuración histórica *versus* configuración mnemónica, estructuras sociales *versus* experiencias individuales, sistemas materiales *versus* sistemas ideacionales, tiempo histórico *versus* tiempo mnemónico, entre otras. Precisamente estas dicotomías han conducido a que la historia y la memoria se presenten desde algunas posturas como dimensiones opuestas, lo que en el caso de los estudios urbanos ha conllevado a que se considere que mientras la historia urbana sólo puede ser objeto de estructuras, materialidades y tiempos históricos lineales, continuos e irreversibles, las memorias urbanas se afiancen como objetos de experiencias, amarradas a ideologías, representaciones o imaginarios e inmersas en unos tiempos sociales circulares, discontinuos y reversibles. Obviamente que estas concepciones han tenido consecuencias en los modos de registrar, estudiar o investigar tanto la historia como la memoria en la ciudad.

Para articular estas dicotomías, nuestra investigación introdujo las complejidades de los marcos espaciales y temporales. Los marcos espaciales y temporales no han sido ajenos a los efectos del pensamiento dicotómico, lo que ha conducido a que en algunos casos espacio y tiempo se revistan únicamente como variables materiales, externas y objetivas y a que en otros se les presente como dimensiones meramente ideales, internas y en los casos extremos meramente subjetivas. De hecho esta dicotomía –sobre todo el idealismo del lugar y del instante– ha adquirido preponderancia en los estudios de la memoria: sobre este idealismo se ha pretendido escindir al espacio y el tiempo de cualquier determinismo histórico, sociológico o antropológico, recuperarlos como horizontes para una fenomenología de la memoria que sea consecuente por demás con el propalado localismo que pareciera imponerse como única escala legítima para la investigación social contemporánea. Localismo, valga decirlo, que en distintos estudios urbanos ha significado desconectar los entornos urbanos, sobre todo los marginales, de las relaciones estructurales que imponen la marginación y que en diferentes estudios de la memoria ha significado erigir unas versiones cuya prolijidad no es suficiente para controvertir las fuerzas sociales históricas que las imponen únicamente como dichos de hechos pasados.

En contra de este espectro de dicotomías y de sus consecuencias, pero sobre todo contra el idealismo del lugar y del instante, nuestra investigación planteó un recorrido donde los procesos históricos generan unos espacios y unos tiempos que, no obstante, quedan expuestos a distintas formas de ocupación, sobreocupación, subocupación o desocupación por parte de los agentes urbanos que, desde





esta espacialización y temporalización, les confieren a estos espacios una historicidad que, aunque inconexa de la historia urbana, tiene las particularidades de las experiencias. De este modo, la investigación hizo manifiestas las especificidades y las relaciones entre el tiempo histórico (desde los procesos históricos que le dieron forma a los espacios físicos y sociales de la ciudad de Bogotá en el último medio siglo), el tiempo social (desde los procesos sociales de ocupación de estos espacios físicos y sociales en distintas generaciones) y el tiempo experiencial (desde las percepciones, las representaciones y los imaginarios de los agentes urbanos del ahora).

Estos espacios y tiempos, estas espacialidades y temporalidades y estas espe-

cializaciones y temporalizaciones resultaron determinantes para identificar y entender los objetos de recuerdo, los modos de recordar y las orientaciones de la recordación de los acontecimientos y eventos conflictivos y violentos en la ciudad. Una conclusión general apunta a que en una ciudad con una historia de distanciamientos y confinamientos, con una memoria de eternizaciones y efimerizaciones, la invisibilidad constante o la presencia recurrente de la violencia son expresión de los privilegios o de los sinsos o las máculas de un marcado patrón de segregación física y social: lugares donde la inminencia o la imposibilidad la violencia están prácticamente naturalizadas por efectos tanto de la historia como de la memoria.

✖

